

Prólogo.

Quiero hacer algunos comentarios sobre el presente libro mi lectura del libro de Abdennur Prado: "El Abraham de nuestro ser. Una lectura intempestiva del Corán." Por supuesto, me voy a concentrar en la imagen de Abraham como aparece en el Corán. Me baso en lo que el autor dice sobre esta imagen:

"La meditación sobre los profetas y todos los episodios de sus vidas ha nutrido la sensibilidad islámica desde los tiempos de la revelación coránica. No se trata aquí de ninguna historia, ni personal ni colectiva, sino de acontecimientos arquetípicos." (p. 6)

Considero esta intención completamente válida. Desde comenzar la presentación de Abraham en la Biblia judía se trata de eso: desarrollar un arquetipo. Este arquetipo tiene continuidad, aunque se desarrolla con esta historia. Las formulaciones de este arquetipo por tanto pueden ser diferentes, aunque lo sean en una línea de continuidad.

Quiero concentrarme en comentar tres de los cuatro episodios centrales, que el autor menciona al iniciar su libro, que son

- la apertura a lo divino y el enfrentamiento con la tradición heredada
- el exilio y la prueba del sacrificio
- la fundación de la Casa de Acogida en una tierra bendecida: el futuro que se abre

1. La apertura a lo divino y el enfrentamiento con la tradición heredada

El autor hace ver a Abraham como hombre rebelde. Se trata de una rebelión que empieza con un enfrentamiento con su propio padre. Pero se extiende. Llega a una rebelión frente a todas las autoridades existentes en esta tierra. Esta rebelión empieza con un conflicto con su padre, del cual habla el Corán:

"La actitud del joven Abraham no sería reformista, sino abiertamente revolucionaria.... Parece que, en el caso de Abraham, existe otro motivo que explica el enfrentamiento: el padre es un representante del poder constituido, tal vez un alto dignatario... De ahí lo grave de su rebelión: se niega a pertenecer a una elite que utiliza la credulidad de las gentes para mantenerse en el poder."

(p.53/54)

Da esta manera, Abraham se enfrenta con todos los poderes constituidos. Ningún poder es legítimo de por sí. Todo poder que se considera legítimo de por sí, es idolátrico.

Allí aparece la Soberanía de Al-lâh. Se trata de una liberación basada en un Dios que “no implica solo un apartarse, sino la afirmación de su abandono a una inmensidad no codificable”. (p.58)

Se trata de una entrega a un Al-lâh que está más allá de toda autoridad posible.

“El musulmán sería pues el ser humano que se rinde y se abandona al Creador de los cielos y la tierra y entra en la paz de Al-lâh, uno de cuyos nombres es as-Salam, la Paz. Esto lo hace sentirse seguro y a la vez lo pacifica, al mismo tiempo que lo conduce a enfrentarse con la injusticia social y a situarse en contra del poder constituido.” (p.10)

Es interesante lo que viene ahora: una referencia a Goethe:

“Una mente tan lúcida como la de Goethe dio testimonio de esto en su *Diván Oriental-Occidental*:

Si islam significa sometimiento a Dios, entonces todos nacemos y morimos musulmanes.

Lo cual no deja de ser cierto, siempre y cuando completemos la reflexión desde nuestra conciencia de seres sometidos únicamente a Al-lâh (esto es: libres de cualquier otro compromiso o dependencia):

Si por Islam se entiende una religión histórica concreta, entonces, no nos reconocemos como musulmanes. (p.11/12)

Eso es el enfrentamiento con la idolatría:

“Dicho de otro modo: los ídolos deben ser destruidos precisamente en la medida en que han sido erigidos para dominar a los hombres e impedir el acceso a Al-lâh...” (p.63)

Estos ídolos, a los cuales se enfrenta esta actitud, son verdaderos dioses terrestres. Son dioses que sustituyen Al-lâh y lo enfrentan. A los seres humanos lo llevan a la guerra de todos contra todos. Se trata de un enfrentamiento no solamente teológico, sino igualmente político:

“Los ídolos representan todas aquellas tendencias que pretenden usurpar el poder de Al-lâh, constituyéndose en sus representantes. Se combate a aquellos que utilizan las imágenes como símbolos identitarios, separando a los pueblos en la adoración de sus iconos,

llevando a la guerra de todos contra todos. En este contexto, la destrucción de los ídolos es un acto político, tanto como teológico (o más bien a-teológico).” (p.63)

Para Abdennur no se trata de un simple monoteísmo. Este simple monoteísmo sería

“el ídolo destructor de ídolos, el Dios inaccesible que no tolera que se le compare, que exige fidelidad absoluta, destrucción absoluta, amor absoluto, a costa de este mundo.” (p.66)

Como tal ídolo de ídolos, el “monoteísmo estricto” resultase él mismo otro ídolo. 66

2. el exilio y la prueba del sacrificio

Eso lleva a la relación de Abraham con su hijo y al problema del posible sacrificio del hijo Isaac de parte de Abraham. Abraham quiere un hijo. Pero con el hijo viene un conflicto:

“El hijo de Abraham vendrá y con él la prueba del amor: ¿cómo puede aquel que ha declarado *“no amo lo que se desvanece”* amar a su propio hijo? Al-lâh le concede esto y más: él y su familia serán conducidos a una tierra bendecida, donde podrán construir algo perdurable.” (p.67)

Cuando Abraham ha dicho: *“no amo lo que se desvanece”* había renunciado a todo lo que puede pedirle su amor. Todo parece un ídolo en cuanto que él lo ama. Entonces aparece la sospecha que el propio amor al hijo es un ídolo que habría que eliminar:

“Aquí, los hijos son señalados como parte de aquellos valores mundanos que nos pueden apartar de la Otra vida. Hijos y riquezas: todo eso es pasajero. Abraham se ve abocado a la contradicción entre un Dios trascendente que le exige todo su amor y el amor que siente por su hijo. Y es en este momento cuando sueña que debe sacrificar a aquello que más ama de este mundo. Pero la solución del episodio es otra: lo que se impone es la plena compatibilidad del amor a Al-lâh y el amor hacia las criaturas, que pasará a formar parte esencial del mensaje de Abraham. Esto implica la apertura a otra dimensión de la realidad Única. Esta revelación solo (nos) llegará cuando el error quede desvelado.” (p.71/72)

El monoteísmo sigue, pero se transforma en plena compatibilidad entre el amor a Al-lâh y hacia las criaturas, que aparece ahora parte esencial del mensaje de Abraham. Eso es la revelación del monoteísmo, que no es él mismo idolátrico.

Hay que sacrificar todo lo que impide llegar a la abundancia. Esta abundancia es resultado de la apertura a Al-lâh:

“Debemos estar dispuestos a sacrificar todo aquello que nos impide acceder a la abundancia. Sacrificar los ídolos que nos limitan, que nos mantienen encerrados en nuestro compartimento estanco. Poder, eternidad, dinero, triunfo, sexo, identidad, familia, independencia, ideología: cada uno sabe de lo suyo. Complacer a Al-lâh, ponernos enteramente a Su disposición, al servicio de la fuerza matriz de la existencia, que hace mover los cielos y la tierra, que nos abarca y aniquila, que responde a nuestra entrega con una mirada cariciosa. Esto no es doloroso más que para el ego, lo más pequeño de nosotros mismos. Por el contrario, este pequeño dolor nos capacita para una felicidad más plena, la del encuentro con nuestros semejantes en Al-lâh.” (p.73)

Como resultado, todos son hermanos a partir de la hermandad en Al-lâh:

El camino de Abraham no nos exige renunciar a los bienes de este mundo, sino el desapego respecto a ellos. Solo aquel que está dispuesto a abandonarlo todo obtiene un verdadero bien. Solo aquel que ha superado la esclavitud de las ideas, de las cosas, de los sabores y los seres, y se ha vuelto completamente hacia Al-lâh, está en disposición de gozar de las cosas, de las ideas, de los sabores y los seres. Lo que ha dejado atrás es la angustia de la pérdida, el afán de control que caracteriza el amor egoísta de los que quieren poseer aquello que más aman. Esto se verifica en el celo con el que los guardianes de la religión tratan de mantenerla controlada, evitando cualquier innovación... El que ama a Al-lâh, recibe a su hijo como recompensa. Pero ese hijo ya no es suyo, sino un hermano junto a Al-lâh. (p.73/74)

Esta apertura a Al-lâh es la completa apertura al mundo y a los otros, más allá de cualquier egoísmo posesivo que se puede ofrecer:

“No hay ruptura entre los planos inmanente y trascendente, sino que el uno es el reflejo de lo otro.” (p.74)

3. la fundación de la Casa de Acogida en una tierra bendecida: el futuro que se abre

A partir de estos argumentos se entiende, que Abraham es el profeta de la hospitalidad entendida como la relación humana y hermana en Al-lâh. El Dios de este Abraham es Al-lâh. Es el Dios

único encima de todo, y a su lado ya no hay otro Dios. Es ciertamente un Dios diferente del Dios de Abraham en el texto del Génesis de la Biblia. En este texto todavía Dios es el Dios de los judíos, cuyo Dios es uno de los muchos Dioses, pero el Dios especial del pueblo judío, que garantiza su futuro y la tierra que le ha sido asignado. Es el Dios del cual habla el libro Exodo:

“Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel, siervos tuyos, a quienes juraste por ti mismo, y les dijiste: Yo multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de la cual he hablado, daré a vuestros descendientes, y ellos la heredarán para siempre.” (Éxodo 32:13-14).

Con esto, el pacto con Dios pasa a ser un justificante del derecho de posesión y de conquista. Pero esta imagen de Dios cambia radicalmente en la historia judía posterior. Eso ocurre a partir del Cautiverio de Babilonia (586-537) Aparece ahora como el Dios único en el segundo Isaias: “Yo soy el primero, y el último, fuera de mí, no hay ningún Dios.”(Isaias 44,6)

Se han acercado ahora mucho las imágenes de Yahvé y de Al-lâh. Es este Al-lâh, que ahora se presenta como el Dios de Abraham y como un Dios universal, frente al cual cualquier autoridad o formación de grupos institucionales aparecen con la tendencia de ser o de transformarse en ídolos, en cuanto fomentan un Dios de ellos en contra de cualesquier otros Dioses, que son ahora enfrentados como Dioses falsos: Poder, eternidad, dinero, triunfo, sexo, identidad, familia, independencia, ideología. (ver pag. 73)

Al otro lado de esta crítica de los ídolos aparecen entonces la perspectiva de una sociedad sin ídolos, una sociedad de justicia. Aparece con las siguientes palabras de Abdennur Prado:

“Abraham y su hijo son entonces hermanos en Al-lâh, el uno aprende del otro, y juntos están en disposición de edificar la Casa de Adoración y de Acogida, uniendo a las generaciones en un acto creativo.” (p.94)

Esta nueva perspectiva se va a seguir denominando “Casa de Postración y de Acogida para toda la humanidad.” (p. 95) Es algo como un gran proyecto humano:

“**Como un lugar de refugio** (ver también 2:125). El Corán nos dice que la Casa tiene como función servir a todos los seres humanos por igual (*linnâsi sawâan*), tanto a los residentes como a los extranjeros. Una vez más, se trata de romper con las barreras de la tribu, la raza, la religión, la identidad, la pertenencia, y ofrecer un lugar de acogida en el cual las diferencias quedarán de lado. Esto conecta perfectamente con la vivencia de Abraham, es la consecuencia lógica de todo lo que le ha ido sucediendo y, muy especialmente,

del contra-ejemplo de Sodoma.” (p. 95)

“Cuando Abraham ve a su hijo como una criatura autónoma y no como una posesión, su amor a Al-lâh no puede sino acrecentarse, lo cual acrecienta su amor hacia la Creación.” (p. 116)

Aparece un mundo de hermandad, de hermanos y hermanas, que incluye la propia Creación. Tampoco la Creación puede ser reducida a puro objeto. No es un mundo de “ellos o nosotros”:

“Solo con el tiempo (Abraham) comprende que el rechazo de los ídolos no implica el rechazo del mundo en el cual Al-lâh se manifiesta. Entiende que el amor a sus semejantes no lo aleja del amor a Al-lâh, sino que tiene su origen en Al-lâh. Abraham cruza a otro plano de la realidad.” (p.119)

Este mundo de hermandad, que es el mundo de la hospitalidad plena, relativiza la propia propiedad: “la hospitalidad ilimitada solo será posible cuando se reconozca que la propiedad es relativa.” (p.92)

Aparece una nueva sociedad, que es sociedad de hermandad sin excluidos. Es el mundo en el cual quepan todos los seres humanos, y la naturaleza también.

Al-lâh ahora es un Dios anti-idolátrico. Puede ser anti-idolátrico por el hecho, de que se transforma en el lugar, en el cual todos los seres humanos son hermanos y hermanas, incluyendo en este gran amor todas las otras criaturas. La voluntad del mismo Al-lâh entonces es, que el amor entre los seres humanos, ampliado hacia toda criatura, se realice. La voluntad de Al-lâh no es ninguna imposición, no es ninguna ética heterónoma, sino despierta al ser humano para ver lo que es él mismo en su relación con Al-lâh. La voluntad de Al-lâh y la voluntad de los seres humanos, pueden coincidir.

Me parece que en lo que aquí hasta ahora resumí, se trata del núcleo del libro cuyo prólogo estoy escribiendo. A mi me parece un análisis extraordinario, muy amplio y lleno de sorpresas. Yo puedo solamente hacer ver, lo que considero como el núcleo. Sin embargo, los argumentos del libro van, por supuesto, mucho más allá de eso y tienen una mucho mayor diversidad. Para entender un libro hay que leerlo entero y no solamente el prólogo. Lo que yo intento hacer, cuando escribo este prólogo, es, desarrollar argumentos para llamar la atención del libro y convencer a leerlo. Para mi ha sido una gran novedad, que me entusiasmó.